

Ciclo: 1º
Curso: 1º/2º

TEMA: SER PERSONA.
"Consumo responsable"



OBJETIVOS

Generales:

- Permitir al consumidor actuar de una forma discerniente haciendo su elección en base a una información sobre los bienes y servicios disponibles y siendo plenamente conscientes de sus derechos y responsabilidades.
- Desarrollar asimismo una actitud crítica y analítica en relación con el consumo y con su lugar en la sociedad.
- Concienciarlo de sus responsabilidades como consumidor en relación con el medio ambiente, con el entorno, con los recursos energéticos y otros recursos naturales.

Específico:

- Aprender a valorar las cosas que tenemos, sin angustiarnos por el tener más, rechazando el consumismo.

ACTIVIDAD

Para reflexionar: Hay gente que se pasa la vida queriendo tener más, no se conforma con nada y nunca está contenta con lo que tiene. Ni siquiera tiene tiempo para disfrutarlo porque lo dedica a pensar como tener más.

Es bueno tener ilusión por disfrutar de algo que queremos de verdad, pero si estamos de lo que todavía no tenemos, acabaremos obsesionados y nada nos dejará satisfechos.

1ª Contamos la fábula de La gallina de los huevos de oro.

LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO

Érase una vez un hombre pobre. Pensad que en su casa una mísera cabaña de piedras en el linde del bosque- no había cama, sino un simple jergón de paja; que no poseía más enseres domésticos que una escudilla y una cuchara de madera; y que, tanto en verano como en invierno, iba cubierto de harapos. En cuanto a la comida, bueno, las cosas no iban mucho mejor: cuando era el tiempo recogía unas cuantas castañas, y gran parte del año vivía de frutos silvestres, de raíces y de achicoria. El único bien que poseía en abundancia era el agua, porque a pocos pasos de su cabaña discurría un arroyo.

Una tarde, mientras descargaba una tormenta y él estaba acostado sobre su jergón, castañeando los dientes a causa del frío y además con el estómago vacío, oyó tres golpecito en la puerta.

"¿Quién será?-se preguntó-.Por aquí no pasa nunca nadie... ¡y menos con este tiempo!"

Se levantó y fue a abrir.

En el vano de la puerta apareció un anciano de larga barba blanca, envuelto en una pesada túnica y con grandes alforjas al hombro.

“Buenos días –dijo-. ¿Molesto? Pasaba por aquí y me ha sorprendido la tormenta. ¿Puedo descansar un rato y sentarme al lado del fuego?”

“Por supuesto, entrad –respondió el pobre-. Pero no esperéis ni fuego ni un banco donde sentaros. Como podéis ver, aquí no hay nada, absolutamente nada...Si queréis, podéis sentaros en el jergón.”

El anciano se sentó y empezó a hablar de esto, lo otro y lo de más allá. Mientras charlaba, sus ojos inspeccionaban aquel tugurio. Al final comentó: *“Ciertamente no debéis de pasarlo muy bien, aquí...”*

“Podéis decir que es un milagro si todavía no me he muerto de hambre. ¿Sabéis que no como desde hace casi dos días?”

“Ah, si sólo es eso...”

El anciano sacó de las alforjas pan, queso y un odre de cuero lleno de vino y compartió aquellas provisiones con su anfitrión, que al verlas casi se desmaya de la emoción.

Finalizada la comida, el anciano se levantó y dijo: *“Y ahora debo dejaros, buen hombre. Mi camino es todavía largo, muy largo...”*

Metió una mano entre los pliegues de la amplia túnica, que hasta aquel momento había mantenido cuidadosamente cerrada, sacó algo y lo depositó en el suelo de tierra apisonada.

El pobre hombre casi se muere del susto. Era una gallina, una preciosa gallina roja y marrón, con las plumas brillantes y la cola en abanico, que apenas se vio en libertad empezó a corretear por la habitación, picoteando las miguitas de pan de la cena recién terminada.

“Todo lo que tenéis que hacer es tratarla bien. Resistid a la tentación de coméros-la, porque pone huevos todos los días. Ya veréis – y aquí el viejo sonrió y pareció guiñar el ojo, pero tal vez fuese una impresión -, ya veréis cómo os dará muchas alegrías.”

Hizo un último gesto de saludo, abrió la puerta y desapareció en medio de la tormenta.

“Una gallina, una gallina...- seguía repitiendo para sus adentros el hombre -. ¿Cómo ha podido tenerla todo este tiempo bajo la túnica?. Bah, este asunto es muy extraño”.

Se acostó de nuevo sobre el jergón y se durmió profundamente.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, ni tan siquiera recordaba tener un animal en casa.

Pero al estirar las piernas para desperezarse, sintió con la punta del pie que al final del jergón había algo frío y liso. Levantó la cabeza, miró hacia abajo y vio

un enorme huevo. Pero no era un huevo blanco como todos los huevos: éste era amarillo, brillante..., ¡de oro! ¡Era de oro macizo!

Loco de alegría, el hombre no se cansaba de darle vueltas entre sus manos, de sopesarlo, se sacarle brillo con una punta de su túnica andrajosa, mientras la gallina correteaba a su alrededor como si tal cosa.

Aquella noche el pobre - ¿seguiremos llamándole así?- casi no pudo pegar ojo, tan excitado estaba. Y cuando se hizo de día, un segundo huevo de oro brillaba sobre el jergón de paja.

“Esperaré a tener una docena y luego iré a venderlos a la ciudad”, pensó. Y eso fue lo que hizo. Con lo que le dieron se compró una casita con un pequeño terreno, y empezó a cultivarlo; pero al cabo de un mes se dijo: *“¡Qué tonto soy! ¿Quién me manda trabajar si soy rico?”*. Entonces vendió la casa y el campo y se compró un palacio. Tenía una legión de sirvientes y se hacía llevar en silla de manos; daba banquetes y fiestas suntuosas, y muy pronto conoció a todos los ciudadanos más poderosos.

Pero muy pronto tampoco esta inmensa riqueza fue suficiente: ahora quería convertirse en el rey del país, Para hacerlo tenía que disponer de un ejercito y marchar sobre la capital: ¿cuántos huevos de oro serían necesarios para todos aquellos soldados, cuántos días de espera febril?.

Un día se puso a reflexionar: *“Es evidente que, si esta gallina pone huevos de oro, el oro debe tenerlo en la barriga; y debe de tener mucho, muchísimo... ¡Qué estúpido soy sentándome a esperar, cuando puedo obtenerlo todo de una sola vez!”*.

Sin vacilar subió a la gran terraza donde, a escondidas de los sirvientes, tenía a la gallina, agarró al animal y, sin sombra de piedad ni de gratitud, le retorció el pescuezo.

Y he aquí que, como por arte de magia, todo desapareció: desapareció el palacio, desapareció la servidumbre, desaparecieron las arcas llenas de dinero; hasta los ricos trajes que llevaba desaparecieron; y se encontró envuelto en las tinieblas y flagelado por la tormenta, solo y andrajoso, frente a la puerta de su mísera cabaña, más pobre que nunca.

Moraleja de la fábula: hay que conformarse con lo que se tiene; y eso es mucho más fácil para el pobre que para el rico.

2ª Establecer un dialogo con los alumnos en el que se traten entre otras las siguientes cuestiones:

- *¿Por qué no quiso esperar día a día?*
- *¿Qué le pasó por querer tener más?*
- *¿Crees que eres avaricioso/ a?*
- *¿Crees que tienes suficientes juguetes?*
- *¿Te cansas pronto de lo que tienes?*

SUGERENCIAS METODOLÓGICAS

- Es conveniente que el tutor/ a haga uso de su capacidad de dramatización para atraer la atención de los niños cuando se cuenta la fábula.
- También, es positivo que los niños cuenten en casa la fábula a sus padres y que les pregunten lo que opinan de la moraleja.
- Aparte del diálogo que se establezca, se les puede preguntar si hay alguna solución para los niños que actúan igual que el protagonista de la fábula.

MATERIALES

- Se puede utilizar cartulinas o la pizarra para recoger las opiniones de los niños y sus sugerencias con rotuladores o tizas de colores.
- VVAA (2000): Manos para la paz. Programa de educación en valores. Ed. SM y Manos Unidas.

EVALUACIÓN / SUGERENCIAS

- Que los niños nos digan qué juguetes regalarían a otros niños más necesitados.
- Que los niños nos comenten qué cosas son realmente necesarias para vivir y cuáles no.